

El colapso de Occidente

Owen Harries

*D*esde el punto de vista político la noción de "Occidente" ha quedado desdibujada luego del fin de la guerra fría, comoquiera que respondía a una pura coalición estratégica frente a un enemigo común. En tales condiciones, podría dudarse, plausiblemente, de su sobrevivencia como concepto que identifica un bloque unido de países punta; y eso aún a despecho del "segundo aire" que se ha pretendido darle a la OTAN¹.

* * *

Un viejo pensamiento en un mundo nuevo

EN LOS RECIENTES DEBATES en torno a Bosnia, los Balcanes y Europa del Este en general, subyace sin respuesta un problema más amplio sobre la condición y el futuro de Occidente. Los que proponen la intervención en los Balcanes creen que, para expresarlo de manera simple, Occidente debería dirigirse hacia el Este. William Pfaff estaba seguramente hablando a nombre de muchos cuando arguyó elocuentemente que Occidente debería actuar por intermedio de la OTAN, "la verdadera gran potencia de la Europa de hoy", con el fin de garantizar las fronteras existentes en los Balcanes y en Europa del Este, "despojando así la rivalidad étnica trasnacional de su

explosividad política y militar". La garantía proporcionada por la OTAN a estos nuevos Estados debería respaldarse con la fuerza, de ser necesario. Se considera que solamente tal política puede hacer que Occidente recupere el terreno político y moral que ha perdido como consecuencia del mal tratamiento otorgado a la crisis yugoslava, al tiempo que establece una base de estabilidad para el futuro de Europa del Este.

Existen problemas específicos que se derivan de tal curso de acción. Sin embargo, lo que resulta más importante es que las diferentes propuestas políticas y proyectos de discusión que defienden dicha estrategia reflejan inercia filosófica

y falta de voluntad o de capacidad para superar viejos conceptos y esquemas de pensamiento, frente a circunstancias que se han visto ulteriormente alteradas. Particularmente, las propuestas que tienden a la creación de una nueva OTAN están basadas en una premisa aún más cuestionable: la de que "Occidente" continúa existiendo como entidad política y militar. En el curso del pasado medio siglo la mayoría de nosotros llegó a considerar la existencia de "Occidente" como algo dado, como una presencia natural y permanente. Se trata

Debe Occidente dirigirse hacia el Este?

LAS PROPUESTAS DE QUE LA OTAN se dirija hacia el Este, garantizando las fronteras de los países de la desaparecida Cortina de Hierro u ofreciéndoles membresía plena en la organización, cuentan con respaldo, tanto entre algunos intelectuales y analistas occidentales como dentro del aparato mismo de la OTAN. El Secretario General de la organización, Manfred Wornat, se muestra muy entusiasta en torno a que ésta asuma la responsabilidad organizativa en las operaciones para preservar la paz en Europa, por parte de sus Estados miembros. La realización de esta tarea tenderá obviamente hacia la solución del problema de la posible irrelevancia

de una manera de pensar que no sólo es intrínsecamente errónea, sino que casi con certeza ha conducido a políticas equivocadas. Entre más rápidamente desechemos esa idea será mucho mejor. El "Occidente" político no es una construcción natural sino una muy artificial. Fue necesaria la existencia de un "Este" abiertamente hostil y amenazador para que aquél se constituyera y preservara su unidad. Resulta sumamente incierto saber si sobrevivirá a la desaparición de su enemigo.

de la OTAN ante la ausencia de la amenaza soviética.

No obstante, un movimiento hacia el Este se vería afectado por una variedad de dificultades y complicaciones específicas, que muy probablemente harían que el proyecto no funcionara.

En primer lugar, la propuesta no tiene en cuenta en absoluto las susceptibilidades e intereses rusos, ni estipula un papel para Rusia en Europa del Este. Se considera simplemente que la OTAN debe asumir la responsabilidad por la estabilidad de una región que ha estado en la esfera de influencia rusa durante siglos. El interludio de 45 años del bloque soviético fue solamente un episodio de una

historia mucho más larga, y su muerte no debería entenderse como el fin del involucramiento de Moscú en la región. Los intereses estratégicos, los motivos tradicionales de prestigio, la "misión histórica" de liberar a la población ortodoxa griega de un régimen infiel, así como el paneslavismo que tiene un impacto variable pero real en la política, son factores que se combinaron para convertir a Europa del Este, y a los Balcanes en particular, en un asunto de honda preocupación para Rusia, mucho antes de que Lenin y Stalin aparecieran en la escena. Las tropas rusas fueron a Hungría en 1848 para doblegar una revolución en contra del mandato de los Habsburgo. Fue con el fin de contrarrestar la hegemonía rusa en la región que Gran Bretaña y Francia participaron en la guerra de Crimea entre 1853 y 1856. En la década de 1870 Bismarck pudo referirse con desprecio a la revuelta de los eslavos de los Balcanes como a un levantamiento de "ladrones de ovejas", pero Rusia respondió emprendiendo una guerra en contra de Turquía y creando el Estado de Bulgaria.

El desconocimiento de toda esta historia, y el intento de incorporar a Europa del Este a la esfera de influencia de la OTAN en momentos en que Rusia atraviesa por un período de peligroso descontento y en el que el prestigio y la autoconfianza de la nación se encuentran severamente lesionados, constituiría sin lugar a dudas un acto de extrema insensatez. Ello

bien podría proporcionar el catalizador que permitiría que los elementos chovinistas más extremos de Rusia explotaran frustraciones, resentimientos y un orgullo nacional herido, con consecuencias muy desagradables tanto en lo interno como en lo internacional.

En segundo lugar, dado el patético comportamiento de los países occidentales en la crisis de Bosnia, la propuesta adolece de un problema de credibilidad total. ¿Por qué alguien en Europa Oriental habría de tomar seriamente tal garantía? ¿Por qué sus habitantes podrían creer que se trata de algo más que un simple alarde, algo que se haría con la esperanza de que el solo compromiso representara una disuasión efectiva, pero sin ninguna intención seria de llevarlo a cabo? Aparte de la reciente evidencia de división y de falta de firmeza en cuanto al propósito, existen muchos precedentes en la historia anterior de Europa que justificarían el escepticismo. En el siglo XVIII las potencias se pusieron de acuerdo en el cumplimiento de la Sanción Pragmática, que supuestamente debía garantizar la sucesión de María Teresa en el mandato sobre las posesiones imperiales. Pero tan pronto como el emperador Carlos murió la promesa fue rota. El Tratado de Lucarno de 1925, bajo cuyos términos Gran Bretaña y Francia garantizaron un pacto de no agresión entre Francia, Alemania y Bélgica, es otro ejemplo que viene a cuento. En este sentido, el historiador británico

A. J. P. Taylor señaló lacónicamente que “el Tratado de Lucarno descansaba sobre la base de que las promesas en él contempladas nunca se convertirían en una realidad, porque de lo contrario el gobierno británico nunca las habría hecho”.

Si las memorias de Europa del Este son tan extensas como se nos ha dicho, tales ejemplos serían recordados con toda seguridad. Si no lo fueran, el ejemplo más reciente e incluso más importante del fracaso de los franceses en cumplir con su obligación con la antigua Checoslovaquia en Munich, lo sería ciertamente. Recordar tales precedentes no es solamente introducir puntos de debate, por cuanto buena parte del reciente comportamiento de los Estados europeos occidentales despierta dudas legítimas sobre su seriedad y disponibilidad política para asumir responsabilidades cuando viene el momento de prueba. En realidad, en todos los casos en que los intereses vitales de los Estados no se encuentran clara y directamente involucrados en un asunto, el hecho de que ellos hayan hecho promesas con respecto a dicho asunto no garantiza que vayan a responder cuando llegue el momento de la verdad.

En tercer lugar, si se presu-

miera que la garantía de la OTAN fuera seria y estuviera concebida para cumplirse, entonces ello llevaría a la aceptación de un papel potencialmente extenso para mantener y hacer la paz, dada la magnitud de los problemas de la región y su proclividad hacia la violencia. Como lo señaló Laurence Martin, un compromiso tal probablemente representaría una excesiva demanda de las capacidades militares globales de los países miembros, que llegaría hasta el punto de distorsionar sus estructuras de fuerza, de manera que no quedarían bien condicionadas para responder a las necesidades claves de seguridad. A juicio de Martin, tal dispersión de la estructura de fuerza ya tuvo lugar en el caso de Inglaterra, en donde se fortaleció el ejército y se abandonó un poco la marina y la fuerza aérea, como resultado de que el país se inmiscuyó en Irlanda del Norte y en otros lugares^{1A}. (Solo para tener en cuenta hasta qué punto puede distorsionarse el efecto del compromiso, hay que pensar que el General retirado William Odom, jefe de la Agencia de Seguridad Nacional en la década de los 80 y partidario de la intervención en Yugoslavia, estima que para que ésta sea efectiva, debe asignársele

una fuerza de 300 a 400.000 hombres para los Balcanes, durante una o dos décadas).

En cuarto lugar, una política de garantías protectoras llevaría muy probablemente a disputas internas en la OTAN en torno a la responsabilidad por el mérito o por la culpa, lo mismo que a la acción más apropiada que debe adoptarse en casos específicos. La existencia de un amargo expediente en el pasado cuando se ha presentado el problema de intervenciones fuera del área, permite pensar que ello ocurriría de nuevo. Pese a que ha habido clamores en el otro sentido, la OTAN no se asemeja ni remotamente a una gran potencia, al carecer de intereses bien definidos con respecto a un amplio rango de asuntos y de una voluntad propia bien desarrollada. Cada una de las principales potencias de Europa tiene sus propios intereses y preocupaciones; lo que Alemania considera vital para su seguridad y prosperidad, para Inglaterra puede ser periférico. Insistir en una intervención conjunta en tal caso sólo crearía fricción en donde no existía previamente.

En momentos en que el propósito central de la alianza, que no era otro que el de protección mutua en contra de la amenaza militar directa por parte de un adversario claramente definido ha perdido buena parte de su urgencia y de su poder obligatorio, una intervención en los complicados asuntos de los Balcanes y de Europa del Este puede llegar a ser contraproducente para

la unidad de la alianza. Ello se debe a que en dicha región la justificación para intervenir no resulta muy obvia o no hay suficiente claridad en torno a de qué lado debe hacerse, aparte de que muchos de los países dirigentes de la OTAN se han visto intensamente involucrados en la región. Así, el esfuerzo para salvar a la OTAN asignándole un nuevo papel puede traer el efecto negativo de propiciar la muerte de la alianza.

En quinto lugar, los anteriores argumentos dan por sentada la superioridad de méritos de una acción unificada por parte de Estados Unidos y Europa, sin detenerse a considerar siquiera si en las condiciones de la Europa poscomunista no sería preferible establecer una división de trabajo y de responsabilidad. En lugar de encargar a la OTAN de todo, ¿no sería preferible que los europeos asumieran responsabilidad sobre problemas de segundo orden en Europa Central y del Este, en tanto que Estados Unidos se concentra en asuntos más amplios, particularmente aquellos en que están involucrados los principales actores, Rusia y Ucrania? La idea de que la solidaridad, la unidad y la participación general son siempre preferibles al más diferenciado y selectivo enfoque de “cada caballo por su carril”, resulta bastante cuestionable. En tanto que Estados Unidos está involucrado activamente, siempre asumirá el liderazgo, y en la medida en que lo haga, será difícil que los países europeos

1A/ Laurence Martin, “Peacekeeping as a Growth Industry”, *The National Interest*, verano de 1993. Desde la publicación del artículo de Martin, ha habido aún más evidencia de tal dispersión. El secretario de defensa británico anunció recortes sustanciales, tanto en la marina como en la fuerza aérea, en tanto que el ejército permaneció intocado en lo fundamental. Ver “Royal Navy Goes to Sea in Fewer Ships”, *Washington Post*, julio 6 de 1993.

vuelvan a adquirir el hábito de ser responsables y de ejercer una autoridad efectiva en sus respectivos territorios. Y aquellos que no asumen responsabilidades tienden a comportarse irresponsablemente².

Finalmente, en el caso de cualquier intervención militar efectiva existiría una alta posibilidad de que se produjeran numerosas víctimas, tanto intencionadas como no intencionadas. Ni el territorio de la mayor parte de Europa del Este y de los Balcanes, ni los intensos odios que con frecuencia acompañan los enfrentamientos en la región, permitirían el despliegue de una acción militar que fuera tanto efectiva como económica en

términos de víctimas, como si ocurrió con la guerra del Golfo Pérsico (por lo menos para los aliados). Un número elevado de víctimas conduciría rápidamente a una división interna y a la oposición de Occidente a la intervención. Ello generaría serias dudas en torno a la capacidad de los países occidentales para adelantar una acción, y para concluir lo que comienzan. En lo que respecta a los Estados Unidos, existe fuerte inclinación a favor hacia lo que ha sido acuñado en una significativa máxima por alguna autoridad militar: "Nosotros manejamos los desiertos, pero no las montañas ni las selvas".

Un hijo del peligro y del miedo

LOS PAÍSES OCCIDENTALES TIENEN MUCHAS cosas en común: su historia, cultura y valores e instituciones políticas. Es en todo ello —representado por la gloria de Grecia y la grandeza de Roma, el Cristianismo, el Renacimiento, la Reforma, la Ilustración, las revoluciones francesa e industrial, la democracia representativa, el imperio de la ley y la economía de

mercado—, que muchos encuentran las bases de la unidad occidental. Desde esta perspectiva, la amenaza del Este constituyó sólo un factor adicional, de ninguna manera el más importante, en la creación de un "Occidente" político.

Sin embargo, quienes argumentan en tal sentido, desconocen el hecho de que mientras que todos

estos rasgos comunes habían existido desde mucho antes de la guerra fría, nunca crearon o mantuvieron un Occidente unido frente a la aparición de un formidable enemigo común. Una civilización común es algo completamente diferente a la unidad política, y estos dos elementos no deben confundirse. De hecho, las relaciones entre los países de Occidente han estado marcadas por la división y por la existencia de conflictos particularmente sangrientos a lo largo de su historia, hasta el punto de que la guerra fratricida bien podría presentarse como uno de los rasgos distintivos de la civilización occidental. A ello pueden contraponerse otras civilizaciones que han sido menos marcadas por la fragmentación política, el desarrollo del nacionalismo y una tecnología militar sofisticada.

Sólo en tres ocasiones de la historia moderna se ha hablado de algo semejante a un "Occidente" unido: entre 1917-1918, entre 1941-1945 y durante los años de la guerra fría. En las dos primeras ocasiones, el término resulta completamente inapropiado debido a que los enemigos, Alemania y Austria-Hungría en el primer caso, y Alemania e Italia en el segundo, eran miembros plenos de Occiden-

te. Los conflictos podrían describirse más apropiadamente como guerras civiles occidentales (de hecho, algunas veces así han sido descritos).

Sin embargo, si se adopta un punto de vista más flexible y se considera que los tres son ejemplos válidos, resulta claro que la noción de un "Occidente" político ha sido muy atractiva para los europeos sólo cuando alguno o todos sus países se han encontrado ante un peligro grande e inminente. La desesperación y el miedo han sido sus padres y no las supuestas afinidades naturales. Esas han sido las fuerzas que han conducido a los europeos hacia la unidad entre ellos mismos y los han hecho asociarse con los Estados Unidos bajo la bandera de "Occidente". Más aún, se trata de un concepto que a la luz de la experiencia europea ha sido asociado con la posibilidad de subordinación, e incluso con cierto grado de humillación para unas naciones orgullosas acostumbradas a ser actores dirigentes por derecho propio. Ello porque desde su surgimiento "Occidente" ha estado siempre dominado por los Estados Unidos, un país que siempre ha sido visto por muchos europeos como carente de sofisticación en asuntos internacionales.

Enemigos en los buenos tiempos

ANTE LA AUSENCIA DE UNA amenaza imperante que cada país es incapaz de manejar por cuenta propia, y algunas veces incluso

frente a tal amenaza, ambos lados del Atlántico se han inclinado a enfatizar no la unidad sino las diferencias e incompatibilidades

² En un contexto diferente, Ortega y Gasset formuló hace más de 60 años un interesante planteamiento en su extraordinario libro *La Rebelión de las Masas*: "Es solamente la ilusión del mandato y la disciplina y responsabilidad que ello entraña, lo que puede mantener las mentes occidentales en tensión. La ciencia, el arte, la técnica y todo lo demás vive en la atmósfera tónica creada por la conciencia de la autoridad. Si ella falta, los europeos se degradarían poco a poco". Durante el dominio de las superpotencias de la guerra fría, que fue también el período en el que muchos de los países europeos perdieron sus imperios, tal "conciencia de autoridad" disminuyó y se presentó una degradación.

entre Europa y los Estados Unidos. Así, incluso después de que se alcanzara la victoria final de 1945, el modelo prevaleciente en el mundo político ha sido el de los "Tres Grandes", con un Franklin Roosevelt más suspicaz con respecto a Gran Bretaña y a su imperio que a la Unión Soviética. Inmediatamente después de la victoria, Harry Truman concluyó de manera arbitraria y abrupta la ayuda en préstamos a Europa, sin ninguna preocupación evidente por el bienestar general de Occidente. Incluso hacia el final de la década del 40, cuando se formaban rápidamente los nubarrones de la guerra fría, la mayoría de los europeos que como George Orwell se preocupaban por tales asuntos, concibieron el mundo no en términos de dos agrupaciones sino de tres. Europa y Estados Unidos aparecían en tal esquema como dos entidades completamente separadas. En un artículo escrito para la *Partisan Review* en 1947, Orwell concebía a los dos no sólo como bloques de poder aislados, sino también divididos ideológicamente. Europa defendía el socialismo democrático, en tanto que Estados Unidos impulsaba el capitalismo. El abogado por unos estados unidos europeos que fueran autosuficientes y capaces de resistir tanto a Norteamérica como a Rusia, es decir, por una Europa que representara el "tercer mundo" original.

Lo que aconteció a comienzos de la guerra fría sucedió también al final. Hace dos años, tan pronto

como se desintegró la Unión Soviética, el discurso que empezamos a escuchar enfatizaba en los dos lados del Atlántico. Asimismo, lo que oímos en la cumbre de julio de este año en Tokio de parte del presidente Clinton fue una versión tripolar o tripartita del mundo, en la que Europa y Estados Unidos representaban otra vez dos lados del triángulo en vez de uno y Asia y Japón constituían el tercero. Lejos de enfatizar en la continuación de la existencia de "Occidente", una vez libres de la amenaza soviética, muchos europeos comenzaron inmediatamente a prever, con mal disimulado regocijo, una Europa unida posmaastricht que suplantaría a los Estados Unidos como la nueva fuerza económica, e incluso política, dominante del mundo. En particular, se aducía que Europa, guiada por una Alemania reunificada, asumiría el liderazgo en las relaciones con los países de Europa Central y del Este. A manera de ejemplo, cuando la guerra estalló en Yugoslavia durante el verano de 1991, la reacción inmediata de Jacques Delors, el presidente de la Comisión Europea, fue la siguiente afirmación: "Nosotros no intervinimos en los asuntos de los norteamericanos. Esperamos que ellos tengan el respeto suficiente como para no interferir en los nuestros"³. Expresemos este problema de nuevo: una vez que desaparece la amenaza de un problema serio al que no puede enfrentar por sí sola, Europa alimenta una fuerte

tendencia a considerar a Estados Unidos como rival y no como líder o socio (en algunas ocasiones incluso lo ha llegado a considerar como un rival ingenuo, torpe e incompetente).

De manera subsecuente, por supuesto, el impulso hacia la unidad europea ha decaído y Maasticht se ha convertido en un símbolo divisorio, más que unificador. La economía europea ha caído en lo que parece ser cada vez más una recesión estructural prolongada. Para más de un analista, los líderes políticos europeos se han vuelto muy impopulares en sus propios países, su autoridad se ha visto reducida y su habilidad para

poner en práctica políticas exteriores consistentes se ha visto limitada. Una forma desagradable y racista de populismo se ha difundido por la mayor parte del continente. En la medida en que todo esto ha ocurrido, y en que Europa ha mostrado vergonzosamente su incapacidad para atender la crisis de Bosnia, la confianza del continente en torno a la posibilidad de competir con el liderazgo estadounidense y operar como una fuerza independiente se ha desvanecido. Y sin embargo, todavía oímos hablar de "Occidente". Pero incluso si la situación mejora significativamente para Europa, deberíamos prever un nuevo revés.

Los argumentos de los Estados Unidos

Si las necesidades e inseguridades europeas constituyen una condición para la continuación de "Occidente", existe obviamente una segunda condición: la voluntad de Estados Unidos para responder a tales necesidades. En el pasado se ha necesitado la presencia de graves amenazas sobre los intereses estadounidenses, para que este país actúe, sobreponiéndose al disgusto moralista que experimenta frente a la política de poder europea. En 1917 se requirió de una buena dosis de provocación alemana antes de que el Nuevo Mundo viniera finalmente a remediar la situación

desventajosa del Viejo. En 1941 se necesitó de Pearl Harbor y de la absurda declaración de guerra de Hitler a los Estados Unidos para producir una decisiva intervención. Y entre 1946 y 1949 la rápida dispersión del poder soviético en Europa Central suministró el incentivo, una vez que Estados Unidos había respondido inicialmente a la finalización de la Segunda Guerra Mundial con una desmovilización inmediata y total. En la ausencia de un sentido de peligro, el aislacionismo de los Estados Unidos ha sido tan notorio como el presupuesto europeo con

³ *The Sunday Telegraph*, mayo 16 de 1993.

respecto a su independencia y mayor sofisticación.

Entonces, ¿cuáles serían las perspectivas de continuar con una estrecha asociación entre Estados Unidos y Europa en la empresa política que ha sido denominada "Occidente"? En el momento presente, todas las probabilidades atentan contra dicha perspectiva. En un lado de la balanza está el peso nada despreciable de los hábitos de intervención y liderazgo adquiridos durante el último medio siglo. Los estadounidenses se han acostumbrado a que su país sea una superpotencia y ejerza el liderazgo y ello les complace más de lo que quieren admitirlo (o de lo que lo saben). Existen grupos poderosos en Estados Unidos, más evidentes en el sector militar, pero igualmente en todos los sectores, que tienen ahora importantes intereses creados en "Occidente". Y sin duda hay numerosos argumentos que ellos pueden esgrimir en favor de la continuación de tal compromiso.

Uno de ellos es el argumento idealista de que en la época de la posguerra fría Estados Unidos tiene la nueva misión de promover la democracia alrededor del mundo y que esto puede realizarse mejor con la colaboración de otras democracias establecidas. El otro es el

argumento realista de que la participación estadounidense es necesaria con el fin de vigilar a Alemania y asegurar que no se "descarrile" por tercera vez antes de finalizar el siglo⁴. Más allá de la actitud de Alemania se encuentra la incertidumbre aún mayor en torno al comportamiento futuro de Rusia y la necesidad sentida por algunos del compromiso de Estados Unidos con Europa con el fin de prevenir cualquier mal comportamiento por parte de Moscú.

Tales consideraciones y argumentos no son en manera alguna despreciables, aunque tampoco sean omnipotentes o conclusivos. En lo que respecta a la difusión de la democracia, un sentido de misión nunca ha sido por sí mismo suficiente para llevar a Estados Unidos a comprometerse en una política de intervención fuerte o de estrecha asociación con Europa, y esto es muy poco probable que cambie. En junio de este año la Cámara de Representantes aprobó la eliminación de la *National Endowment for Democracy* (Fundación Nacional para la Democracia), que fue la agencia creada durante la administración Reagan para promover la democracia en el exterior. Incluso en el caso de que el Senado reversara este

voto, ello constituye un signo significativo de estos tiempos. Existe la dificultad adicional de que el entusiasmo de Europa por difundir la democracia es limitado en términos comparativos y que en esta etapa posimperial de la historia, los países europeos carecen de la confianza y firmeza necesarias para sostener intervenciones serias en los asuntos de otras naciones.

En lo que respecta a la preocupación por el comportamiento futuro de Alemania y Rusia, hasta el momento ninguno de los dos representa el peligro claro y real que en el pasado llevó a Estados Unidos a sobreponerse a sus inhibiciones y comprometerse con "Occidente". Por tal motivo, ello ha sido también un requisito necesario para crear una "demanda" para ese compromiso por parte de los europeos. Ante la falta de tal sentido de peligro, resulta altamente cuestionable que, en caso de que la crisis de Alemania o la de Rusia hagan erupción rápidamente, Estados Unidos pudiera movilizar el apoyo político necesario para intervenir en forma decisiva y

costosa (en términos de víctimas, más que de dinero, si bien este último representa también una creciente restricción).

Jeane Kirkpatrick, una gran defensora de la alianza atlántica, escribió en 1990 que en la era de la posguerra fría "Estados Unidos no debería ni impedir que Alemania restableciera una posición dominante en Europa Central, ni ayudarle en tal propósito. Nosotros no podríamos controlar estos asuntos si tratáramos de hacerlo y, por lo demás, no habría razón para hacerlo". Con la anterior afirmación, ella estaba expresando un punto de vista compartido por muchos estadounidenses. Tanto en el caso de Rusia como en el de Alemania, si las cosas llegaran a deteriorarse seriamente, Estados Unidos utilizaría indudablemente su considerable caudal de maniobra política y económica, con respecto a la disponibilidad de este país para comprometer sus fuerzas en una escala significativa en cada evento. Ello limitaría tanto la capacidad del liderazgo estadounidense como su aceptabilidad.

El enfoque del "niño malo"

EL ARGUMENTO MÁS PODEROSO a favor de un retiro sustancial de Estados Unidos del tipo de participación seria, sostenida y costosa que se requiere para preservar a "Occidente", es el de la presión de los asuntos domésticos, que fueron poco atendidos o relegados a una posición subordinada durante la

guerra fría. No se necesita que uno sea aislacionista o "declinista" para pensar que ha llegado la hora de cambiar las prioridades del país en favor de las preocupaciones domésticas. Patrick Buchanan no ha sido el único en afirmar "América regrese a casa". William Hyland, cuando estaba al frente del

4/ Cuando a Conor Cruise O'Brien se le pidió recientemente que considerara el problema del futuro de Occidente, él adujo el miedo a Alemania como la razón principal para pensar que continuaría una estrecha relación entre Estados Unidos y Europa. Quiso decir que la entidad que él preveía como continuadora durante la nueva era es el Occidente más limitado de 1917 y 1941, conformado por Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia, en lugar del ampliado de 1957 o de 1977. Ver "The Future of the West" en *The National Interest*, invierno de 1992-1993.

establishment de la política exterior estadounidense como editor de *Foreign Affairs*, afirmó que “lo que definitivamente se requería era un giro psicológico hacia el interior”. Esta idea ha encontrado eco en muchos otros analistas, entre ellos Zbigniew Brzezinski recientemente, quien ha planteado la necesidad de “un período de introspección filosófica y de autocrítica cultural” que él considera necesario para afrontar la decadencia moral, social y económica que aflige a la “cornucopia permisiva” en que se ha convertido Estados Unidos.

La prevalencia y aceptación de tales actitudes y consejos iría en contra de un “Occidente” unido por un solo propósito, que requiere de un papel activo y comprometedor por parte de Estados Unidos. Existen buenos motivos para creer que durante la era Clinton tales actitudes van a prevalecer. El presidente tiene una agenda doméstica ambiciosa y muy poco interés y sentido de la política exterior. El se ha rodeado de un equipo de trabajo que, para decir lo menos y en aras de la cortesía, es muy poco probable que lo presione para que adopte políticas muy ambiciosas en el exterior, con excepción del área comercial. Si la crisis de Bosnia puede considerarse un indicativo, debe esperarse que para la administración Clinton “Occidente” y las Naciones Unidas no serán utilizados como entidades para facilitar la acción sino para justificar la inacción. Puede aducirse que Estados Unidos debe

emprender acciones decisivas en una variedad de situaciones, pero que ello debe hacerse dentro de una concepción multilateral y con un apropiado mandato internacional. Si no puede cumplirse con dichas condiciones, entonces Washington, de manera lamentable pero justificable, no hará nada. En la práctica, cuando ha parecido remotamente que los europeos podrían estar de acuerdo con una propuesta estadounidense con respecto a Bosnia, Washington se ha replegado con rapidez. Esta justificación del mantenimiento de una actitud pasiva es la misma actitud asumida por uno de los personajes de *Under Milk Wood* de Dylan Thomas, el “niño malo” que dice que quiere comportarse bien pero nadie se lo permite.

Para hacer justicia, debe decirse que estos serían tiempos difíciles para cualquier administración en lo que respecta a la política exterior, por cuanto las condiciones actuales son no sólo nuevas sino mucho más confusas para Estados Unidos. No tiene mucho sentido catalogar las alternativas en términos de todo o nada. Las experiencias pasadas en cuanto a la confrontación de enemigos claramente identificados en situaciones extremas, o en la conducción de grandes alianzas en situaciones bipolares no son de mucha ayuda y pueden ser engañosas (en particular si ellas conducen a una presión constante e indiscriminada sobre el país líder). Washington deberá aprender a desempeñarse en juegos diferentes,

Sin embargo, mientras ello ocurre, es posible que el concepto de “Occidente” revierta en lo que ha sido durante la mayor parte del pasado: un concepto de último recurso, que se mantiene en reserva para cuando las cosas marchan muy mal y los países por sí mismos o las alianzas restringidas no son capaces de afrontarlas a cabalidad. A menos que aceptáramos la idea fátua de que la guerra como institución está muerta, deberíamos asumir que tales circunstancias regresarán a inquietarnos de nuevo algún día, quizás más temprano que tarde. En realidad, si aquellos que como Samuel Huntington hablan del “colapso de las civilizaciones” o como Kishore Mahbubani de

“Occidente y el resto” están en lo cierto, la idea de un “Occidente” político puede llegar a ser más auténtica en las batallas del futuro de lo que lo fue incluso en los días de la guerra fría. Pero entretanto, la noción ha perdido buena parte de su significado y razón de ser.

W. H. Auden escribió alguna vez sobre Bruselas, la ciudad que después se convertiría en sede de la Comunidad Europea y de la OTAN y, en esa forma, de Occidente: “Su forma se nos escapa. Ha perdido la certidumbre que constituye una cosa”. Al menos por el tiempo presente, estas palabras pueden utilizarse con propiedad para describir al mismo Occidente. ☉